

El Incidente del Tricentenario

Isaac Asimov

4 de julio de 2076... y por tercera vez el accidente del sistema convencional de numeración, basado en potencias de diez, había llevado los dos últimos dígitos del año a marcar el fatal 76 que una vez había coincidido con el nacimiento de la nación.

Ya no era una nación en el antiguo sentido de la palabra; más bien constituía una expresión geográfica; parte de un conjunto más amplio que formaba la Federación de toda la Humanidad sobre la Tierra, junto con sus ramificaciones en la Luna y las colonias espaciales. Pero el nombre y la idea subsistían en la cultura y la tradición, y aquella porción del planeta señalada con el viejo nombre continuaba siendo la región más próspera y avanzada del mundo... Y el presidente de los Estados Unidos seguía siendo la figura más poderosa del Consejo Planetario.

Lawrence Edwards contempló la pequeña figura del presidente desde su altura de unos setenta metros por encima del nivel del suelo. Planeó suavemente sobre la muchedumbre, con su motor de flotrones colgado a la espalda emitiendo un ronroneo apenas perceptible, y lo que vio era exactamente lo que cualquiera podría ver en una escena de holovisión. Cuántas veces había contemplado pequeñas figuras como éstas en su sala de estar, pequeñas figuras en un cubo de luz solar, de apariencia tan real como si fuesen homúnculos vivientes, con la sola diferencia de que era posible atravesarlas con la mano.

No era posible en cambio atravesar con la mano las figuritas que se extendían por decenas de miles sobre los espacios libres que rodeaban el monumento a Washington. Y no era posible atravesar con la mano la figura del presidente. Pero en cambio uno podía alargar la mano hacia él, tocarlo y estrechar la suya.

Edwards pensó con sorna en lo inútil de ese elemento adicional de tangibilidad y deseó encontrarse a cien kilómetros de distancia, flotando en el aire sobre algún apartado lugar desierto, en vez de estar allí obligado a vigilar cualquier posible señal de desorden. Su presencia allí habría sido totalmente innecesaria de no ser por la mitología que confería un valor al hecho de «tocar la carne».

Edwards no se contaba entre los admiradores del presidente Hugo Allen Winkler, el quincuagésimo séptimo en ocupar el cargo.

Edwards consideraba al presidente Winkler un hombre inútil, un seductor, un cazador de votos, capaz sólo de promesas. Era decepcionante encontrarse con un hombre así en el cargo después de todas las esperanzas puestas en él durante los primeros meses de su mandato. La Federación Mundial corría el riesgo de desmembrarse mucho antes de haber cumplido su cometido, y Winkler era

incapaz de hacer nada para evitarlo. En esos momentos se hubiera necesitado una mano dura, no una mano amable; una voz fuerte, no una voz azucarada.

Allí estaba ahora, estrechando manos, en medio de un espacio controlado por el Servicio, mientras el propio Edwards, y unos cuantos miembros más del Servicio, lo vigilaban todo desde lo alto.

Sin duda el presidente se presentaría para la reelección, y parecía bastante probable que sufriera una derrota. Ello sólo podía empeorar las cosas, pues el partido de la oposición estaba empeñado en destruir la Federación.

Edwards suspiró. Se avecinaban cuatro años miserables –tal vez cuarenta años miserables–, y todo lo que él podía hacer era flotar en el aire, preparado para ponerse en contacto con todos los agentes del Servicio apostados en tierra a través del transmisor de rayos láser en cuanto se detectase el más mínimo...

No detectó lo más mínimo. Ni rastro de agitación. Sólo una nubecilla de polvo blanco, apenas visible; sólo un momentáneo destello bajo la luz del sol, que se encendió y volvió a apagarse, y desapareció dándole apenas tiempo de percibirlo.

¿Dónde estaba el presidente? Lo había perdido de vista en medio de la polvareda.

Escudriñó los alrededores del lugar donde lo había divisado por última vez. El presidente no podía haber ido muy lejos.

Entonces advirtió señales de agitación. Primero entre los mismos agentes del Servicio, que parecían haber perdido la cabeza y se movían agitadamente de un lado a otro. Luego la muchedumbre más próxima a ellos se contagió de su agitación, y después ésta se propagó a los que estaban más lejos. El ruido fue creciendo hasta hacerse atronador.

Edwards no tuvo necesidad de oír las palabras que componían el creciente clamor. Este pareció comunicarle la noticia a través de su sola clamorosa insistencia. ¡El presidente Winkler había desaparecido! Hacía un instante estaba allí, y un instante después se había transformado en un puñado de polvo pronto desvanecido.

Edwards contuvo el aliento en agonizante espera durante lo que le pareció una narcotizada eternidad, esperó que transcurriera el largo instante que tardaría en asentarse la conciencia de lo ocurrido, aguardando el momento en que la masa iniciaría la loca, amotinada estampida.

...Entonces se oyó resonar una voz por encima del rumor, cada vez más intensa, y al oírla el ruido fue apagándose, muriendo, hasta hacerse silencio. Fue como si a fin de cuentas todo no fuera más que un programa de televisión y alguien hubiera apagado el sonido.

Edwards pensó: «Dios mío, es el presidente».

La voz era inconfundible. Winkler estaba de pie sobre el estrado vigilado, desde donde debía pronunciar su discurso del Tricentenario, y del que había descendido hacía sólo diez minutos escasos para estrechar la mano a algunas personas de la multitud.

¿Cómo habría regresado hasta allí?

Edwards escuchó...

–No me ha pasado nada, conciudadanos de América. Lo que acabáis de presenciar ha sido el fallo de un aparato mecánico. No era vuestro presidente, y no debemos permitir que un fallo mecánico empañe la celebración del día más feliz que jamás ha vivido el mundo... Conciudadanos norteamericanos, escuchadme bien...

Y a continuación pronunció el discurso del Tricentenario, el mejor discurso jamás oído en boca de Winkler, el mejor que Edwards había oído en su vida. Hubo momentos en que Edwards estuvo a punto de descuidar su tarea de supervisión, tal era su interés por lo que estaba escuchando.

¡Winkler sabía lo que hacía! Comprendía la importancia de la Federación, y estaba logrando hacérsela comprender al público.

Pero en lo más hondo de su ser, otra parte de su persona recordaba los persistentes rumores en el sentido de que los nuevos adelantos de la robótica habían permitido construir una réplica del presidente, un robot capaz de cumplir las funciones puramente ceremoniales, capaz de estrechar la mano a la multitud, que nunca se aburría ni se cansaba, y que no podía ser asesinado.

Edwards pensó, con un oscuro sobresalto, que eso era lo que había ocurrido. Realmente había habido un robot sosias, y en cierto modo... éste había sido asesinado.

13 de octubre de 2078...

Edwards levantó la vista en el momento en que se acercaba el guía robot de muy baja estatura, el cual anunció con voz melíflua:

–El señor Janek le espera.

Edwards se levantó y se sintió muy alto junto al guía metálico que sólo le llegaba hasta la cintura. No se sentía joven, en cambio. Su rostro se había llenado de arrugas en aquel último par de años, y era consciente de ello.

El guía le introdujo en una habitación sorprendentemente pequeña y allí, sentado detrás de una mesa sorprendentemente pequeña, encontró a Francis Janek, un hombre ligeramente barrigudo y de apariencia incongruentemente joven.

Janek le sonrió y le miró con simpatía mientras se levantaba para estrecharle la mano.

–Señor Edwards.

–Me alegra tener la oportunidad de saludarle, señor –masculló Edwards.

Era la primera vez que Edwards veía a Janek, pero lo cierto es que el trabajo de secretario personal del presidente se hace a la sombra y raras veces constituye noticia.

–Siéntese, siéntese –dijo Janek–. ¿Puedo ofrecerle una barrita de soja?

Edwards rehusó con una educada sonrisa y se sentó. Era evidente que Janek intentaba hacer resaltar su juventud. Llevaba la arrugada camisa sin abrochar, y se había teñido el vello del pecho de un color violeta apagado pero perfectamente definido.

–Sé que lleva usted algunas semanas intentando ponerse en contacto conmigo –dijo Janek–. Lamento este retraso. Espero que sabrá comprender que mi tiempo no me pertenece del todo. Pero, ahora ya está usted aquí... Por cierto que he pedido informes al jefe del Servicio y tiene muy buena opinión de usted. Lamenta que haya presentado usted la dimisión.

Edwards bajó la mirada y dijo:

–Me ha parecido mejor proseguir mis investigaciones sin correr el riesgo de hacer quedar mal al Servicio.

Janek esbozó una brillante sonrisa.

–Sin embargo, sus actividades, aunque discretas, no han pasado inadvertidas. El jefe me expone que usted ha estado investigando el incidente del Tricentenario, y debo reconocer que ha sido esto lo que me ha impulsado a recibirle en cuanto me ha sido posible. ¿Es ése el motivo de que haya renunciado a su cargo? Está investigando usted un asunto cerrado.

–¿Cómo puede decir que se trata de un asunto cerrado, señor Janek? Aun llamándolo incidente, ello no altera el hecho de que hubo un intento de asesinato.

–Es sólo una cuestión semántica. ¿Para qué emplear una expresión inquietante?

–Sólo porque parece corresponder a una realidad inquietante. Sin duda, reconocerá usted que alguien intentó matar al presidente.

Janek extendió las manos abiertas.

–En ese caso, su plan fracasó. Se destruyó un artefacto mecánico. Nada más. De hecho, si lo consideramos bajo la perspectiva adecuada, el incidente, o como quiera usted llamarlo, fue una enorme bendición para la nación y para el mundo entero. Como todos sabemos, el incidente conmovió al presidente y también a la nación. El presidente, y con él todos nosotros, comprendió lo que podría significar un retorno a la violencia del pasado siglo, y ello determinó un gran cambio de opinión.

–No puedo negarlo.

–Claro que no puede. Incluso los enemigos del presidente reconocen que en estos dos últimos años se han conseguido grandes cosas. La Federación es hoy en día mucho más fuerte de lo que nadie hubiera podido imaginar el día del Tricentenario. Podríamos decir incluso que se ha evitado el colapso de la economía mundial.

–Sí, el presidente es otro hombre. Todo el mundo lo dice –afirmó Edwards cautelosamente.

–Siempre fue un gran hombre –dijo Janek–. Aunque el incidente le hizo concentrarse en los grandes problemas con feroz intensidad.

–¿Algo que no había hecho antes?

–Tal vez no con tanta intensidad... El caso es que, en efecto, el presidente, y todos nosotros, preferiríamos que se olvidase el incidente. La principal finalidad que me ha movido a recibirle, señor Edwards, ha sido hacerle comprender esto. No estamos en el siglo veinte, y no podemos meterle en la cárcel sólo porque su actitud nos incomoda, ni tampoco podemos ponerle ningún tipo de trabas, pero ni siquiera la Constitución Mundial nos impide recurrir a la persuasión. ¿Comprende lo que quiero decir?

–Lo comprendo, pero no estoy de acuerdo con usted. ¿Podemos olvidar el incidente a sabiendas de que jamás ha sido descubierto el responsable?

–Tal vez también valga más así, señor. Es mucho mejor dejar escapar a, digamos, una persona desequilibrada que no desbordar la cuestión y preparar, posiblemente, el terreno para un retorno a los tiempos del siglo veinte.

–La versión oficial afirma incluso que el robot explotó de manera espontánea, lo cual es imposible y ha perjudicado injustamente a la industria de la robótica.

–Yo no usaría la palabra robot, señor Edwards. Era un artefacto mecánico. Nadie ha afirmado que los robots en sí sean peligrosos, y desde luego no se ha dicho nada sobre los robots corrientes de metal. Aquí se trata sólo de esos artefactos extraordinariamente complejos, de apariencia casi humana, que parecen hechos de carne y hueso y a los que podríamos denominar andróides. En realidad, es tal su complejidad que tal vez incluso puedan explotar; no soy un experto en ese campo. La industria de la robótica se recuperará.

–A nadie en el Gobierno parece importarle llegar al fondo de este asunto –insistió obstinadamente Edwards.

–Ya le he explicado que el suceso no ha tenido más que buenas consecuencias. ¿A qué remover el fango del fondo, cuando la superficie del agua es transparente?

–¿Y el hecho de que se emplease un desintegrador?

La mano de Janek, que había estado dándole vueltas al frasco con las barritas de soja que tenía sobre la mesa, permaneció inmóvil un instante, luego reanudó su movimiento rítmico.

–¿Qué es eso? –preguntó despreocupadamente.

–Señor Janek, creo que sabe usted a qué me refiero –dijo Edwards con vehemencia–. Como parte del Servicio...

–Al que naturalmente ya no pertenece.

–Aun así, como parte del Servicio, no pude evitar enterarme de cosas que no siempre debí haber oído, supongo. Había oído hablar de una nueva arma, y en el Tricentenario vi ocurrir algo que hubiera requerido su intervención. El objeto que todos habían tomado por el presidente se desvaneció en una nube de polvo muy fino. Fue como si cada átomo del objeto hubiera perdido los lazos que lo unían a los demás átomos. El objeto se convirtió en una nube de átomos individuales, que desde luego en seguida comenzaron a combinarse de nuevo, pero dispersándose con tanta rapidez que sólo se vio un momentáneo destello de polvo.

–Muy de ciencia ficción.

–Desde luego no comprendo el funcionamiento científico del proceso, señor Janek, pero no se me escapa que para romper esos lazos atómicos se necesitaría bastante energía. Esa energía tendría que tomarse del medio ambiente. Las personas que estaban cerca del artefacto en aquel momento, a las que yo podría localizar y que sin duda estarían dispuestas a declarar, coincidieron en señalar que sintieron una oleada de frío sobre sus cuerpos.

Janek apartó el frasco con las barritas de soja con un pequeño chasquido de la transitita sobre la celulita.

–Supongamos, sólo a efectos de discusión, que existe algo llamado desintegrador.

–No es preciso discutirlo. Ese objeto existe.

–No lo discutiré. Ignoro la existencia de nada de ese tipo, pero es poco probable que hasta mi despacho lleguen noticias de algo tan secreto como puede ser una nueva arma. Sin embargo, si existe un desintegrador, y si es tan secreto como parece, debe de tratarse de un monopolio norteamericano, desconocido en el resto de la Federación. En ese caso sería algo de lo que ni usted ni yo deberíamos hablar. Podría ser un arma de guerra más peligrosa que las bombas nucleares, precisamente porque, si lo que usted dice es cierto, sólo provoca una desintegración en el lugar del impacto y un poco de frío en los alrededores inmediatos. Sin explosión, sin fuego, sin radiaciones mortíferas. Sin esos terribles efectos secundarios, nada podría frenar su uso, pero, por lo que sabemos, podría llegar a tener la potencia suficiente como para destruir el propio planeta.

–En eso coincido con usted –dijo Edwards.

–Entonces comprenderá que, si el desintegrador no existe, es una locura hablar de él; y si existe, es criminal mencionar su existencia.

–No se lo he mencionado a nadie, excepto ahora a usted, porque deseo hacerle comprender la gravedad de la situación. Por ejemplo, si alguien hubiera hecho uso de un desintegrador, ¿no debería interesarle al Gobierno averiguar cómo había ocurrido eso, saber si otra unidad de la Federación también lo posee?

Janek movió negativamente la cabeza.

–Creo que podemos confiar en que los órganos competentes del Gobierno habrán tenido en cuenta esa cuestión. Y lo mejor que puede hacer usted es no preocuparse más de ello.

–¿Puede garantizarme que los Estados Unidos son el único Gobierno que dispone de esa arma? –preguntó Edwards, controlando apenas su impaciencia.

–No podría decírselo, puesto que nada sé sobre semejante arma, y nada debo saber al respecto. Usted no debería haberme hablado de ello. Aun suponiendo que semejante arma no exista, el mero rumor de su existencia ya podría resultar nocivo.

–Pero ahora que ya se lo he dicho y el daño ya está hecho, escúcheme hasta el final, por favor. Déme la oportunidad de convencerle de que usted, y sólo usted,

tiene en sus manos la clave de una terrible situación que tal vez yo sea el único en imaginar.

–¿Una situación que usted es el único en imaginar? ¿Una situación cuya clave sólo yo tengo?

–¿Le parece una paranoia? Permita que se lo explique y después juzgue por sí mismo.

–Voy a concederle un poco más de tiempo, señor, pero me reafirmo en lo que ya le he dicho. Debe renunciar usted a ese..., ese pasatiempo suyo..., esa investigación. Es algo terriblemente peligroso.

–Lo peligroso sería renunciar a ella. ¿No comprende que si el desintegrador existe y si los Estados Unidos tienen el monopolio de su fabricación, entonces eso significa que el número de personas que podrían haber tenido acceso al mismo es sumamente limitado? Como ex miembro del Servicio poseo algunos conocimientos prácticos sobre la materia, y puedo asegurarle que la única persona en el mundo que podría conseguir sustraer un desintegrador de nuestros arsenales supersecretos sería el presidente... Sólo el presidente de los Estados Unidos podría haber organizado esa tentativa de asesinato, señor Janek.

Se quedaron mirándose fijamente un instante, y luego Janek apretó un contacto acoplado a su mesa de trabajo.

–Precauciones adicionales –dijo–. Nadie podrá escuchar ahora nuestra conversación por ningún medio. Señor Edwards, ¿se da usted cuenta de lo arriesgada que es esa afirmación? ¿Del peligro que representa para usted mismo? No debe sobrevalorar la eficacia de la Constitución mundial. Un Gobierno tiene derecho a adoptar medidas razonables para proteger su estabilidad.

–He acudido a usted, señor Janek, porque le considero un fiel ciudadano norteamericano –dijo Edwards–. He acudido a usted con la noticia de un terrible crimen que afecta a todos los norteamericanos y a la Federación entera. Un crimen que ha originado una situación que tal vez sólo usted pueda remediar. ¿Por qué me responde con amenazas?

–Es ya la segunda vez que intenta presentarme como potencial salvador del mundo –respondió Janek–. No consigo imaginarme en ese papel. Supongo que comprenderá que no poseo poderes extraordinarios.

–Es usted el secretario del presidente.

–Eso no significa que tenga un contacto especial con él ni que exista una relación íntima o confidencial entre él y yo. Hay momentos, señor Edwards, en que

sospecho que los demás me consideran un simple mayordomo, y hay momentos en que incluso yo mismo me siento inclinado a darles la razón.

–Aun así, le ve usted con frecuencia, le ve en situaciones informales, le ve...

–Le veo lo suficiente como para poder asegurarle que el presidente no habría ordenado la destrucción de ese artefacto mecánico el día del Tricentenario –le interrumpió Janek impaciente.

–¿Opina usted que eso es pues imposible?

–No he dicho tal cosa. He dicho que no lo habría hecho. A fin de cuentas, ¿para qué iba a hacerlo? ¿Qué motivos podría tener el presidente para querer destruir un doble androide que había sido un valioso colaborador durante más de tres años de mandato? Y si hubiera querido hacerlo por algún motivo, ¿por qué demonios iba a hacerlo de manera tan increíblemente pública: nada menos que el día del Tricentenario, proclamando así su existencia, corriendo el riesgo de que el público se indignase por haber estado estrechando la mano de un artefacto mecánico, sin mencionar ya las repercusiones diplomáticas por el hecho de emplear tal artefacto para tratar con los representantes de las otras partes de la Federación? Podría haberse limitado simplemente a ordenar su desmantelamiento sin publicidad. Nadie se habría enterado a excepción de unos cuantos altos cargos de la Administración.

–Sin embargo, el presidente no ha sufrido ningún tipo de consecuencias indeseables a resultas del incidente, ¿no es así?

–Ha tenido que reducir el ceremonial. Ya no es tan accesible como era antes.

–Como lo era el robot.

–Bueno –dijo Janek, incómodo–. Sí, supongo que tiene razón.

–Y, en realidad, el presidente fue reelegido, y su popularidad no ha disminuido a pesar de que la destrucción fue pública. El argumento contra la destrucción pública no tiene el peso que usted quiere darle.

–Pero la reelección se produjo a pesar del incidente. Fue resultado de la rápida actuación del presidente, que dio la cara, y sin duda reconocerá usted que el discurso que pronunció fue uno de los más grandes de toda la historia de los Estados Unidos. Fue una actuación absolutamente sorprendente; no puede usted negarlo.

–Fue un drama muy bien escenificado. Yo diría que el presidente ya contaba con eso.

Janek se reclinó en su silla.

–Si le he comprendido bien, señor Edwards, está sugiriendo usted una novelesca intriga tautológica. ¿Intenta decir que el presidente hizo destruir el artefacto, tal como fue destruido, en medio de una multitud, precisamente durante la celebración del Tricentenario, ante los ojos de todo el mundo, para poder ganarse la admiración de todos con su rápida intervención? ¿Sugiere que lo dispuso todo de ese modo para poder demostrar sus cualidades de hombre de vigor y fortaleza inesperados bajo unas circunstancias sumamente dramáticas y transformar así una campaña electoral en la que llevaba las de perder en la campaña triunfal que luego fue...? Señor Edwards, ha estado leyendo usted cuentos de hadas.

–Realmente sería un cuento de hadas si yo afirmase todo eso, pero no lo afirmo –dijo Edwards–. En ningún momento he sugerido que el presidente ordenase asesinar al robot. Sólo le he preguntado si usted lo consideraba posible, y usted me ha respondido bastante enfáticamente que no. Me alegra que ésa sea su opinión, pues yo pienso lo mismo.

–Entonces, ¿a qué viene todo esto? Comienzo a pensar que me está haciendo perder usted el tiempo.

–Sólo un momento más, por favor. ¿Se ha preguntado alguna vez por qué no hicieron el trabajo con un rayo láser, con un desactivador de campo, con un martillo incluso? ¿Para qué iba a tomarse nadie la increíble molestia de conseguir un arma protegida por las más rigurosas medidas de seguridad gubernamental para hacer un trabajo que no requería semejante arma? Prescindiendo de la dificultad de obtenerla, ¿para qué correr el riesgo de revelar al resto del mundo la existencia de un desintegrador?

–Todo este asunto del desintegrador no es más que una teoría suya.

–El robot desapareció por completo ante mis ojos. Lo estaba observando. No me baso en información de segunda mano para afirmar eso. No importa el nombre que le dé al arma; comoquiera que la llame, su efecto fue desmontar al robot átomo a átomo y dispersar irremediabilmente todos esos átomos. ¿Para qué hacer eso? Fue una acción tremendamente excesiva.

–Ignoro qué ideas podía haber en la mente del autor.

–¿Lo ignora? Sin embargo, yo pienso que sólo existe un motivo lógico para una pulverización total cuando un método mucho más simple hubiera conseguido la destrucción. La pulverización no dejó ningún rastro del objeto destruido. No dejó nada que pudiera indicar qué se había destruido, si un robot o cualquier otra cosa.

–Pero no hay dudas en cuanto a lo que era –dijo Janek.

–¿No? Antes he dicho que sólo el presidente podría haber logrado obtener y hacer utilizar un desintegrador. Pero, teniendo en cuenta la existencia de un robot que era su doble, ¿qué presidente lo hizo?

–Creo que no podemos continuar esta conversación. Usted está loco –dijo Janek secamente.

–Piénselo bien –dijo Edwards–. Por el amor de Dios, piénselo bien. El presidente no destruyó al robot. Sus argumentos son convincentes en este sentido. Lo que ocurrió fue que el robot destruyó al presidente. El presidente Winkler fue asesinado en medio de la multitud el cuatro de julio del año dos mil setenta y seis. Un robot que se parece al presidente Winkler pronunció el discurso del Tricentenario, se presentó para la reelección, fue reelegido, y aún actúa como presidente de los Estados Unidos.

–¡Una locura!

–He acudido a usted, a usted, porque usted puede demostrarlo y también puede cambiar las cosas.

–Simplemente no ocurrió como usted dice. El presidente es... el presidente.

Janek hizo ademán de levantarse y poner fin a la entrevista.

–Usted mismo ha dicho que ha cambiado –dijo rápida e insistentemente Edwards–. El discurso del Tricentenario estaba muy por encima de las capacidades del viejo Winkler. ¿No se ha sorprendido usted mismo de todo lo que se ha logrado en los últimos dos años? Sinceramente..., ¿cree que el Winkler del primer mandato podría haber logrado todo esto?

–Sí, podría haberlo hecho, porque el presidente del segundo mandato es el presidente del primer mandato.

–¿Niega que ha cambiado? Lo dejo a su albedrío. Usted decida, y yo acataré su decisión.

–Se ha puesto a la altura de las circunstancias, eso es todo. No es la primera vez que ocurre algo parecido en la historia de los Estados Unidos.

Pero Janek se había dejado caer otra vez en la silla. Se le veía inquieto.

–No bebe –dijo Edwards.

–Nunca bebió... demasiado.

–Ya no frecuenta mujeres. ¿Niega usted que solía hacerlo en el pasado?

–Un presidente es un hombre. Pero estos últimos dos años se ha entregado de lleno al problema de la Federación.

–Es un cambio para bien, debo reconocerlo –dijo Edwards–, pero es un cambio. Naturalmente, si tuviera una mujer, no habría sido posible llevar adelante el engaño, ¿verdad?

–Es una lástima que no tenga esposa –dijo Janek. Pronunció la arcaica palabra de manera algo afectada–. Todo este asunto ni se plantearía si la tuviera.

–El hecho de que no la tenga facilitó la conspiración. Sin embargo, es padre de dos hijos. No creo que hayan visitado la Casa Blanca, ninguno de los dos, desde el Tricentenario.

–¿Por qué iban a hacerlo? Son mayores, tienen su propia vida.

–¿Han sido invitados? ¿El presidente ha manifestado algún interés por verlos? Usted es su secretario particular. Debería saberlo. ¿Han sido invitados?

–Pierde usted el tiempo –dijo Janek–. Un robot no puede matar a un ser humano. Usted sabe que así lo establece la Primera Ley de la robótica.

–Lo sé. Pero nadie ha dicho que el Winkler–robot matase al Winkler–hombre. Cuando el Winkler–hombre estaba en medio de la multitud, el Winkler–robot estaba sobre la tarima, y dudo de que pudiera apuntar un desintegrador desde esa distancia sin causar mayores daños. Tal vez pudo hacerlo, pero lo más probable es que el Winkler–robot tuviera un cómplice, un mandado, si no confundo la jerga que se usaba en el siglo veinte.

Janek frunció el entrecejo. Su cara regordeta hizo un mohín y adoptó una expresión de sufrimiento.

–¿Sabe una cosa? –dijo–: La locura debe de ser contagiosa. Estoy empezando a considerar realmente esa idea enloquecida que usted me plantea. Por suerte, no se tiene en pie. Al fin y al cabo, ¿para qué asesinar en público al Winkler–hombre? Todos los argumentos contra la destrucción del robot en público son igualmente válidos para el asesinato del presidente humano en público. ¿No comprende que eso echa abajo toda la teoría?

–No la echa abajo... –comenzó a decir Edwards.

–Sí, la echa abajo. Nadie, a excepción de unos pocos altos cargos, conocía la existencia del artefacto mecánico. Si el presidente Winkler hubiera sido asesinado en privado y se hubiera hecho desaparecer su cuerpo, el robot podría haber ocupado fácilmente su lugar sin despertar sospechas..., sin despertar las suyas, por ejemplo.

–Siempre habrían quedado esos pocos altos cargos que habrían estado enterados, señor Janek. Habría sido preciso ampliar el círculo de asesinatos. – Edwards se inclinó hacia delante y habló muy seriamente–. Fíjese bien, por lo general no existía ningún riesgo de confundir al ser humano con la máquina. Imagino que el robot no debía utilizarse constantemente, sino que sólo lo sacaban para ocasiones concretas, y que siempre habría unos cuantos individuos clave, tal vez bastantes de ellos, que sabían dónde estaba el presidente y qué estaba haciendo. En ese caso, el asesinato tendría que llevarse a cabo en un momento en que esos altos mandos creyesen verdaderamente que el presidente era el robot.

–No le sigo.

–Mire. Una de las tareas del robot era estrechar las manos a las multitudes; tocar la carne. Mientras esto ocurría, los funcionarios enterados sabrían perfectamente que el que estaba estrechando las manos era, realmente, el robot.

–Exactamente. Ahora empieza a hablar con sensatez. Era el robot.

–Sólo que ése era el día del Tricentenario, y el presidente Winkler no pudo resistir la tentación. Supongo que estaría por encima de lo que puede pedirse a un ser humano, esperar que un presidente, sobre todo un vacuo adulator de muchedumbres y cazador de aplausos como Winkler, renunciase a la adulación de la multitud en ese día entre todos los días, y se la cediera a una máquina. Y es posible que el robot alimentase cuidadosamente ese sentimiento, de modo que ese día del Tricentenario el presidente hiciera permanecer al robot detrás del estrado, mientras él mismo salía a estrechar las manos y a recoger los aplausos.

–¿En secreto?

–En secreto, naturalmente. Si el presidente se lo hubiera dicho a cualquier persona del Servicio, o a cualquiera de sus subordinados, o a usted, ¿se le habría permitido hacerlo? La actitud oficial con respecto a la posibilidad de asesinato ha constituido prácticamente una enfermedad desde los sucesos ocurridos a finales del siglo veinte. De modo que alentado por un robot obviamente inteligente...

–Supone que el robot era inteligente porque supone que ahora ejerce las funciones de presidente. Es un razonamiento cerrado. Si no es el presidente, entonces no existe motivo alguno para suponer que era inteligente, o que fue capaz de urdir ese plan. Además, ¿qué motivo podría impulsar a un robot a tramar un asesinato? Aun cuando no matase directamente al presidente, la Primera Ley también prohíbe la eliminación indirecta de una vida humana, pues dice: «Un robot no puede dañar a un ser humano o, por inacción, permitir que un ser humano resulte dañado».

–La Primera Ley no es absoluta –dijo Edwards–. ¿Y si el daño causado a un ser humano salva las vidas de otros dos, o de otros tres, o incluso de otros tres mil

millones? El robot pudo pensar que salvar la Federación era más importante que salvar una vida. No era un robot corriente, a fin de cuentas. Había sido diseñado para reproducir las cualidades del presidente con la suficiente exactitud como para poder engañar a cualquiera. Suponga que tuviera la percepción del presidente Winkler, sin sus flaquezas, y suponga que sabía que sería capaz de salvar la Federación y que el presidente, en cambio, no podría hacerlo.

–Usted puede hacerse ese razonamiento, pero ¿cómo sabe si un artefacto mecánico podría razonar de igual modo?

–Es la única manera de explicar lo ocurrido.

–Yo opino que es una fantasía paranoica.

–Entonces dígame por qué el objeto destruido fue pulverizado hasta quedar reducido a átomos. ¿Qué otra explicación podría tener sentido excepto suponer que ésa era la única manera de ocultar que se había destruido a un ser humano y no a un robot? Déme una explicación alternativa.

Janek enrojeció.

–No lo aceptaré.

–Pero en sus manos está demostrar que así fue, o refutarlo todo. Por eso he acudido a usted..., a usted.

–¿Cómo podría demostrarlo? ¿O bien refutarlo?

–Nadie ve al presidente en momentos imprevistos como hace usted. Usted, a falta de una familia, es la persona con quien se muestra más informal. Obsérvele.

–Lo he hecho. Y le digo que no....

–No le ha observado. No sospechaba que ocurriera nada de particular. Los pequeños detalles no significaban nada para usted. Obsérvele ahora, teniendo muy presente que podría ser un robot, y ya verá.

–Puedo derribarlo de un puñetazo y comprobar si contiene metal con un detector ultrasónico –dijo Janek con sorna–. Incluso un androide posee un cerebro de platino e iridio.

–No se precisará ninguna acción drástica. No tiene más que observarle y podrá comprobar que es tan radicalmente distinto del hombre que era que no puede ser un hombre.

Janek echó un vistazo al reloj–calendario que colgaba de la pared.

–Llevamos más de una hora aquí reunidos –dijo.

–Siento haberle hecho perder tanto tiempo, pero usted comprende la importancia de todo esto, espero.

–¿Importancia? –preguntó Janek. Luego levantó la mirada, y lo que parecía un gesto despectivo se trocó de pronto en una cierta esperanza–. Pero, ¿de verdad es importante? Realmente, quiero decir.

–¿Cómo no va a ser importante? Tener a un robot por presidente de los Estados Unidos, ¿no le parece importante?

–No, no me refería a eso. Olvide lo que pueda ser el presidente Winkler. Piense sólo en esto: Alguien que ejerce las funciones de presidente de los Estados Unidos ha salvado a la Federación; ha mantenido su unidad y, en estos momentos, dirige el Consejo en favor de los intereses de la paz y del compromiso constructivo. ¿No lo negará?

–Naturalmente, no lo niego –dijo Edwards–. Pero, ¿y el precedente que se establece con ello? Un robot en la Casa Blanca, por una razón muy válida hoy, puede dar paso a un robot en la Casa Blanca por una razón muy mala dentro de veinte años, y después a que otros robots ocupen la Casa Blanca sin motivo alguno, por simple rutina. ¿No comprende la importancia que puede tener acallar un posible toque de trompeta anunciando el fin de la humanidad en el momento en que suena su primera nota vacilante?

Janek se encogió de hombros.

–Supongamos que descubro que es un robot. ¿Vamos a anunciarlo a todo el mundo? ¿Sabe qué efecto tendría eso sobre la Federación? ¿Sabe cómo afectaría a la estructura financiera del mundo? ¿Sabe...?

–Lo sé. Por eso he venido a verle en privado, en vez de intentar dar publicidad al asunto. A usted le corresponde comprobarlo y llegar a una conclusión definitiva. Y si descubre que el supuesto presidente es un robot, como no dudo que ocurrirá, a usted le corresponderá convencerle de que debe dimitir.

–Y según la versión que usted me ha dado de su reacción ante la Primera Ley, entonces me hará matar, pues yo constituiré una amenaza para su experta actuación encaminada a resolver la mayor crisis mundial del siglo veintiuno.

Edwards agitó la cabeza.

–El robot actuó secretamente la vez anterior, y nadie intentó contradecir los argumentos que usó para convencerse. Usted podrá discutir con él e imponerle

una interpretación más rigurosa de la Primera Ley. Si es necesario, podemos pedir ayuda a algún empleado de la Compañía de Robots y Hombres Mecánicos de los Estados Unidos, que fueron quienes construyeron el robot. Cuando haya dimitido, le sucederá la vicepresidenta. Si el Winkler-robot ha llevado al viejo mundo por el buen camino, estupendo; la vicepresidenta, que es una mujer decente y honrada, sabrá mantenerlo en el buen camino. Pero no podemos dejar que nos gobierne un robot, y ello no debe volver a ocurrir jamás.

—¿Y si el presidente es humano?

—Lo dejo a su discreción. Usted sabrá decidir.

—Yo no tengo tanta confianza en mí mismo —dijo Janek—. ¿Y si no puedo decidirme? ¿Si no consigo hacerlo? ¿Si no me atrevo? ¿Qué piensa hacer entonces?

Edwards le miró con aire cansado.

—No lo sé. Tal vez tenga que acudir a la U. S. Robots. Pero no creo que se plantee ese problema. Confío en que ahora que le he planteado claramente el problema, usted no descansará hasta haberlo resuelto. ¿Usted quiere que le gobierne un robot?

Se levantó, y Janek le dejó marchar. No se estrecharon la mano.

Janek permaneció sentado en medio de la creciente penumbra del crepúsculo, profundamente horrorizado.

¡Un robot!

Aquel hombre había entrado y había demostrado, de manera perfectamente racional, que el presidente de los Estados Unidos era un robot.

Tendría que haber sido fácil refutárselo. Sin embargo, a pesar de que Janek había intentado oponerle todos los argumentos que se le habían ocurrido, de nada había servido, y el hombre no había vacilado un ápice.

¡Un robot como presidente! Edwards estaba seguro de ello, y continuaría estando seguro. Y si Janek insistía en afirmar que el presidente era humano, Edwards acudiría a la U. S. Robots. No cejaría.

Janek frunció la frente mientras pensaba en los veintiocho meses transcurridos desde el Tricentenario, y en lo bien que había salido todo, vistas las probabilidades. ¿Y ahora qué?

Se hundió en sombrías reflexiones.

Todavía conservaba el desintegrador, pero ciertamente no sería necesario recurrir a él para eliminar a un ser humano, la naturaleza de cuyo cuerpo no estaba en discusión. Un silencioso golpe de láser en algún rincón solitario serviría.

Había sido difícil convencer al presidente en la acción anterior, pero en este caso, no tenía ni por qué enterarse.